

ESPAÑA DEBE SALVAR LA LATINIDAD

Esta segunda guerra mundial ha causado ya incontables, irremplazables víctimas. Según nuestra cristiana concepción de lo humano, toda persona es, en sí, insustituible. Podrá quien considere al hombre como mero *homo faber* creer que cuanto deja uno de hacer lo hará, en su lugar, otro. Mas nosotros no nos resignamos a concebir el hombre tan sólo en tanto productor de mercancías o mercancía él mismo. Lo entendemos y sentimos como un ser espiritual, y en modo alguno admitimos la doctrina que supone al espíritu cosa desindividualizada y colectiva. Doctrina, dicho sea de paso, a la que tenemos vieja, milenaria hostilidad. Un oriental —Averroes— la inventó en Córdoba. Contra ella lucharon nuestros antepasados en la Reconquista, aquella pugna ocho veces centenaria en que España se sacrificó para salvar Europa.

Incontables, irremplazables víctimas. A los caídos en las líneas de combate se añaden aquellos que las guerras antiguas, limitadas por el unánime sentido del derecho cristiano, ahorra-
ban: las gentes de tierra adentro, la población civil. Todos esos que hoy aguantan la existencia al incompasivo aire frío del destierro o la calle en ruinas, habiendo perdido en su hogar la dulce lumbre de esas memorias del pasado que consuelan la vida: retratos familiares, recuerdos maternos, el olor de un mueble antiguo, objetos empapados de intimidad, pasado, añoranza.

Otras víctimas nos duelen también en el cogollo de un alma sensible a la civilización: horizontes griegos que son orgullo de la especie; el pueblo donde murió Arquímedes; el pueblo donde nació Empédocles; la calle siracusana donde Platón soñó los más bellos sueños; el aire que oyó los coros esquilianos de los persas, donde sonaba ya la voz de Europa herida ante la amenaza asiática; costa partenopea que sabe de Ulises; las villas de Anzio que oyeron a Cicerón; la casa aretina de Francisco Petrarca; el barrio de Amsterdam de sordos canalillos y tejados de cofía en el que Rembrandt quiso recoger la luminosa penumbra del alma humana; la plaza de Francfort donde espigó la infancia de Goethe, la hermosura hanseática de Bremen y Ham-

burgo, la colonia de San Alberto, la maravilla renacentista de la Nuremberga de Durero.

Pero sobre todas estas víctimas se alzan, en silenciosa agonía, otras dos gigantescas y magnas, y el dolor que suscitan en nosotros es verdaderamente proporcionado a su gigante magnitud. ¿Sus nombres? Helos aquí: Italia y Francia.

Bibliotecas enteras se escribirán, sin duda, intentando explicar las causas de la derrota de ambos países. Se achacará la de Italia al fascismo, y en la vocinglera propaganda se tratará de ocultar con cortinas de humo verbal la responsabilidad de la democracia en el tumbo de un pueblo de bien probada estirpe militar.

Pero ya antes de que se pormenoricen esas disputas, lapidándolas con pedradas partidistas, queremos adelantarnos a decir que la significación de esos dos pueblos ilustres está más allá de todas las pasiones de parte y partido, como no agotan tampoco sus valores las vicisitudes y contingencias de las armas.

Retengamos el hecho en su unidad dual: han caído dos países latinos, mientras están en pie Germania, los pueblos anglosajones, el Estado moscovita y hasta la pequeña y heroica Finlandia. Ahora bien, esto quiere decir una cosa: que hoy es víctima de la Historia la latinidad, protagonista milenaria.

Creo que fué nuestro don Emilio Castelar quien, con el genio verbal que le caracterizaba, habló una vez de "los pueblos que han fatigado a la Historia". Se refería, sin duda, a los mediterráneos. Fatigar a la Historia es una expresión que sólo puede tener un sentido: la de rendirla y fecundarla haciéndole parir lo que trasciende al tiempo, lo que no se deja consumir ni arrastrar por el torrente existencial, lo que, habiendo pasado ya al plano de los puros valores, queda ahí, ejemplar y normativo, como inspiración sempiterna. Fatigando a la Historia estas gentes crearon casi todo lo que ennoblece al género humano, en el orden sin mancha del pensamiento, en el reino de la luz, en las artes y las ciencias, en el afinamiento emocional y la distinción del espíritu. Pero fatigando, se han fatigado. Así las velas del altar que, dando luz, agonizan, acaso los pueblos latinos en su incesante creación cultural hayan quemado un poco su propia vitalidad.

Pero la vitalidad es necesaria para el soporte humano del

espíritu. Y el espíritu latino es, a su vez, absolutamente necesario para el orden del mundo y la persistencia de la cultura occidental. Esta me parece, en efecto, hallarse constituida por la reunión, en unidad anhelante, de tres elementos.

1. El cristianismo.
2. El sentido clásico.
3. El dominio técnico.

Uno solo de estos tres elementos que falte a la cita deja incompleta y desequilibrada la síntesis occidental que hemos hecho y, a su vez, nos hace.

Ahora bien. Nadie podría pretender que los latinos seamos únicos y exclusivos detentadores del sentido clásico, como nadie podría pretender que germanos y britanos sean los únicos dotados de voluntad y capacidad fabril. Si por un lado es indudable la existencia de un cierto helenismo nórdico, al punto de que en sus campos universitarios adolescentes y atléticos hayamos sentido como en ningún lado el recuerdo de la Olímpia griega; por otro lado el Mediodía dió no sólo con Vivuldi, Leonardo, Galileo y Descartes las bases científicas de la técnica, sino una contribución continua hasta hoy, o sea hasta los días de Broglie y Marconi. Todos participamos de la síntesis. Pero es cierto que cada cual pone el acento sobre lo que le es más propio, subraya aquello que le es más entrañable, y así los nórdicos son más instintivos, más propensos al ímpetu que hace y deshace, que transforma y modifica el mundo, y los del Sur somos más gustosos de detener el ímpetu primordial y activo en contemplación sabrosa, moderación, sobriedad y "sofrosine".

Mas si ya el freno de esta sobriedad ascética y estética nos parecía débil y escaso en el mundo moderno, productor y consumidor en serie, con el descenso histórico de dos naciones latinas ese elemento quedaría tan atenuado y tan débil que la descarga impetuosa carecería del mínimo de quietud y limite indispensable para remansarse en espiritualidad. O para decirlo de un modo claro y extremo: sin lo latino el hombre moderno sería una fiera técnica, un tigre maquinista que acabaría devorándose a sí propio.

No, pues, tan sólo por añoranza, por respeto y veneración al pasado, sino por respeto al futuro postulamos la necesidad de que el orden que advenga tras la guerra le reconozca su

debida jerarquía aristocrática a las dos naciones de la latinidad que hoy son bajas en las campañas bélicas. Cuando a un sud-africano engréido le oímos pregonar que Francia e Italia han acabado, sentimos no sólo enhiesta y altiva nuestra dignidad europea, sino nuestra decisión de oponernos a un programa que sería fatal para toda la humanidad civilizada, y pensamos que la bárbara insensibilidad a una Historia gloriosa se duplica en ese antípoda por la más absoluta incomprensión del presente, y, en consecuencia, por la más ciega incompetencia política, ya que la política consiste, ante todo, en darle forma a la necesidad del porvenir. Por eso, comprendiendo el sentido de la época, Alemania trata con el más delicado tacto a Francia, su ex adversaria, y a Italia, su ex aliada.

Ese realce, en la ordenación de la postguerra, de las dos naciones latinas caídas debe ser postulado y enarbolado por España, y eso por una razón esencial. Porque el nuestro es el único pueblo con el deber y el poderío adecuado para el caso.

Una doble condición nos caracteriza. Por un lado, España es, espiritualmente, hija de Roma, criatura clásica. Por otro, España es, vitalmente, de linaje ibérico, telúrico, no clásico, no urbano.

Si lo latino nos hizo ser bellos creadores de cultura, la piedra berroqueña de lo ibérico hace que a nuestra naturaleza no la pulverice nada ni nadie. Protagonista de la más magna historia en ciertos siglos, hemos vivido en otros encastillados en una arisca soledad que ha dejado nuestras fuerzas intactas; nuestro temple endurecido. Así en esta ocasión España es dueña de una severa energía incólume que puede y debe emplear en la salvación de sus hermanas heridas.

Esa bandera de la latinidad ha de enarbolarla España por sí misma y en su condición de cabeza de todos los pueblos de nuestra estirpe de allende los mares, pueblos hispanos, tan sensibles al linaje del Lucio que gustan de ser llamados "pueblos de la América latina".

He ahí una política a la par ancha y concreta, realista y generosa, digna de nuestros mejores antepasados, de Fernando el Católico, de Garcilaso y de Cervantes.

EUGENIO MONTES.

(De la Real Academia Española.)